

**COFRADÍA INTERNACIONAL DE INVESTIGADORES “SANTO
CRISTO DE LA OLIVA”**

**Comunicación a la “II Jornada de reflexión teológica” sobre “El
discurso de S.S Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona”.**

Tema: “Ratisbona, Edith Stein y la Encíclica “Fides et Ratio”.

Por: Fernando Díez Moreno. Abogado del Estado y Dr. en Derecho.

I). El discurso de Ratisbona.

A los fines que pretende esta comunicación, interesa destacar del discurso de Ratisbona los siguientes pasajes y temas:

- Frente al escepticismo, sigue siendo necesario y razonable interrogarse sobre Dios por medio de la razón en el contexto de la tradición de la fe cristiana.

- La difusión de la fe por la violencia es algo irracional, y no actuar según la razón para llevar a otra persona la fe, es contrario a la naturaleza de Dios.

- La fe de la Iglesia se ha basado siempre en la creencia de que entre Dios y nosotros, entre su eterno espíritu creador y nuestra razón creada existe una verdadera analogía.

- Históricamente se produjo una “helenización” de la fe, un acercamiento interior recíproco entre la fe bíblica y el pensamiento filosófico griego. Pero a lo largo de la historia se han ido sucediendo etapas de “deshelenización del cristianismo”.

- La primera etapa se produce con la Reforma del siglo XVI, en la que la fe es condicionada totalmente por la filosofía.

- La segunda etapa, en los siglos XIX y XX, es consecuencia de la teología liberal, en la que se pretende que el cristianismo estuviera en armonía con la razón moderna. Solo el tipo de certeza que deriva de la matemática y el método empírico puede considerarse científica, lo que excluye el problema de Dios, y reduce al hombre, pues los interrogantes propiamente humanos, los de la religión y de la ética no tienen cabida en el espacio de la razón común descrita como “ciencia”. El hombre decide lo que considera sostenible en el ámbito religioso basándose en su experiencia, su conciencia se convierte en la única instancia ética.

- La tercera etapa, en nuestros días, es la de desposeer al cristianismo de aquellos elementos de inculturación de la primera etapa helenística, que no tienen porque integrarse en otras culturas.

En conclusión, Benedicto XVI pretende ampliar el concepto de razón y de su uso en la ética de la investigación científica, que implica una voluntad de

obediencia a la verdad, y que solo se lograra si fe y razón vuelven a encontrarse unidas, superando la limitación de la razón a lo que se puede experimentar, abriéndola a toda su amplitud, y considerando la teología como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe.

Por tanto, *“la razón moderna tiene que aceptar sencillamente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza, como un dato de hecho en el que se basa su método. Pero se plantea la pregunta del porque de este dato, y las ciencias naturales deben dejar que respondan a ella otros niveles y otros modos de pensar, es decir, la filosofía y la teología”*.

II). Edith Stein y su camino hacia la fe.

A). Breves apuntes biográficos.

Edith Stein es el testimonio encarnado de cómo se lleva a cabo el itinerario que va de la razón a la fe sin proponérselo. Es el paradigma de las tres etapas de S. Buenaventura (valorar los vestigios de Dios en las cosas de la naturaleza; valorar dentro de nosotros lo que hay de imagen divina; elevarnos por encima de nosotros). Es también el ejemplo moderno de cómo, desde la filosofía más racionalista (la fenomenología) se puede llegar a la fe. Es el espejo para que se miren en él los Profesores que se extrañaban de que en Ratisbona hubiese dos Facultades de Teología (véase el párrafo segundo del Discurso de Benedicto XVI).

No es nuestra intención transcribir una biografía de Edith Stein. Basten algunos retazos a nuestros fines. De familia judía practicante, especialmente su madre, mostró indiferencia por los temas religiosos cuando se incorpora a la Universidad. A los 25 años es ayudante personal de E. Husserl, el filósofo más importante de la corriente fenomenológica. Husserl solo reconoce la razón natural como fuente filosófica del conocimiento; la fe es una instancia para la religión, pero no para la filosofía; la filosofía moderna, a diferencia de la medieval, traza los límites entre fe y filosofía reconociendo autonomía a la razón natural. La propia tesis doctoral de Edith Stein, que publica en 1917, lleva como tema "Sobre el problema de la empatía".

Dentro del equipo de colaboradores de Husserl se encuentran Max Scheller (la primera tesis doctoral de Karol Wojtila pretendió aplicar al cristianismo la fenomenología de este), y Adolf Reinach, que tendrán gran influencia en E. Stein. Como es sabido Edith Stein se convirtió al catolicismo, ingresó en el Carmelo adoptando el nombre de Sor Benedicta de la Cruz, y murió en 1942, a los 51 años, en el campo de concentración de Auschwitz. Quiso morir con el pueblo judío al que pertenecía. Juan Pablo II la declaró Doctora de la Iglesia y la canonizó el 1 de mayo de 1987 en Colonia, a la vez como “confesora” (vida virtuosa y heroica) y como “martir” (muerte “in odium fidei”).

Dejó dicho en una de sus cartas: *“Se que el Señor ha tomado mi vida para que no olvide jamás a la Reina Esther que fue arrebatada a los suyos con el solo fin de levantarse ante el Rey, en nombre de su pueblo. Yo soy la pobre y la pequeña Esther, débil como ella, pero el Rey que me ha escogido es infinitamente más grande y misericordioso”*.

En la ceremonia de canonización, Juan Pablo II dijo de ella: *“Su historia personal fue la síntesis de una historia más amplia, marcada por heridas profundas, heridas que todavía duelen, y por cuya curación, hombres y mujeres responsables han continuado trabajando hasta nuestros días. Pero su vida fue también una síntesis de la verdad perfecta del hombre, en un corazón que permanece impaciente e insatisfecho, hasta que finalmente encuentra la paz en Dios. Bendita sea Edith Stein, sor Benedicta de la Cruz, verdadera adoradora de Dios, en espíritu y en verdad. Ella forma parte de los elegidos”*.

B). El camino de la razón a la fe.

De los apuntes que dejamos hechos sobre la biografía de Edith Stein, surge una primera constatación, y es la de que no pudo desenvolverse en un ambiente académico más racionalista, agnóstico e indiferente. Habría sido uno de aquellos profesores que se extrañaran de que en Ratisbona hubiese dos Facultades de Teología.

Pero es lo cierto que desde las posiciones filosóficas racionalistas, pasó a la fe, de la fe pasó a la profesión religiosa conventual, de ahí al martirio y del martirio a los altares. Es difícil no sentir curiosidad por saber como pudo ocurrir ello, y cuales fueron las etapas de ese discurrir. Se tiene la ventaja de que los elementos para reconstruir ese itinerario son auténticos, es decir, son sus propios “Escritos autobiográficos”, o sus “Cartas”, o el contenido de su obra doctrinal, o los testimonios dejados por quienes la conocieron y la trataron.

1ª Etapa. El rigor intelectual.

Como buena filósofa Edith Stein buscaba la verdad y amaba la sabiduría. Parece que es lo normal entre los filósofos, pero no es así, porque hay quien rechaza la verdades de la fe sin siquiera indagar intelectualmente en ellas. El cristianismo tiene tal importancia en las historia del pensamiento que es lícito dudar del rigor intelectual de quienes lo rechazan sin molestarse en estudiarlo.

En sus “Escritos autobiográficos”, y hablando de uno de sus maestros, Max Schéller, dejó escrito:

“Era la época en que estaba repleto (Max Scheller) de ideas católicas y procuraba hacerlas propaganda con toda la brillantez de su intelecto y fuerza comunicadora. Fue mi primer contacto con un mundo hasta entonces desconocido para mí. No me condujo a la fe pero me abrió un ámbito de “fenómenos” ante los que no podía ya pasar de largo sin verlos... Cayeron las barreras de los prejuicios racionalistas en los que me había criado sin saberlo y, de pronto, tenía ante mí el mundo de la fe. Había personas con las que trataba a diario y a las que miraba con admiración, que vivían en él... Me conformé con aceptar sin resistencia las ideas que me llegaban de mi entorno y, así, sin darme cuenta, me fui transformando”.

Elisabeth Otto en su libro “Mundo, persona, Dios. Investigación sobre el fundamento teológico de la mística Edith Stein”, da cuenta de la relación íntima que tuvo con Philomene Steiger, y reproduce el siguiente diálogo tenido entra ambas, que muchos años después de muerta aquella, hizo público esta:

Edith Stein: *“Señorita Steiger, soy atea”*.

Philomene Steiger: *“No, no lo es, doctora Stein. Usted es una buscadora”*

E.S.: *“Yo no quiero creer. Yo quiero saber”*.

P.S.: *“No se si sabe lo que es un Convento carmelita, Doctora Stein. Pues Elías fue su fundador. Camino del monte Horeb fundó una vida eremítica que fue un modelo de los conventos carmelitas. Lo principal era aceptar humildemente la verdad revelada. Buscó esa unión con Dios y con el espíritu de Dios que sale del desierto o de la soledad”*

E.S.: *“Sí, pero ¿como se hace para creer todo eso e interiorizarlo tanto?”*

P.S.: *“El hombre no es solo biología. Lo que tiene que ser dominante de nuestra existencia no es lo trivial, lo biológico, el cuerpo, sino el Espíritu dentro de nosotros. Rece para que el Espíritu Santo también venga sobre usted”*.

E.S.: *“Sí, ¿y como se hace eso?”*

P. S.: *“Desde entonces rezo todas las noches: <Espíritu Santo, desciende sobre mi, ilumíname, quiero seguirte. Amén”*.

Es posible que de estas conversaciones naciera el interés de Edith Stein por el Carmelo.

En una carta a un gran amigo y compañero académico, Roman Ingardie, le responde así a la referencia que este hace al “aparato dogmático ideado para la dominación de las masas”:

“¿Y se ha planteado la pregunta de cómo se explica que hombres como Agustín, Anselmo de Canterbury, Buenaventura, Tomás (por no hablar de los muchos miles cuyos nombres son desconocidos al profano, pero que fueron, o son, sin duda, tan inteligentes como nosotros, que nos tenemos por tan ilustres), como se explica que estos hombres hayan visto en el despreciable dogma lo más alto a lo que puede llegar el espíritu humano y lo único que merece que se le entregue la vida? ¿Con que derecho puede tratar de tontos o astutos embaucadores a los grandes maestros y santos de la Iglesia? Levantar semejantes sospechas como las que contienen sus palabras solo se puede hacer después examinar atentísimamente todos los hechos que entran en consideración”.

En estos testimonios están claramente prefigurados los pasos que en esta primera etapa, dio Edith Stein, a saber:

- La ausencia de prejuicios. Es la marca del verdadero intelectual.
- El testimonio de personas creyentes a las que se aprecia. (¡Que importante es el testimonio aunque no llegemos a conocer sus consecuencias en otros!).
- El relativizar los esquemas de pensamiento para no ser esclavo de ellos.

2ª Etapa. La búsqueda de la verdad.

Su amiga Philomene Steiger le había dicho a Edith Stein que no era atea, sino “buscadora”. Y era cierto. Era una buscadora de la verdad desde su condición esencial de filósofa. En su libro “Mundo y persona” reconoce que de sus lecturas de Santa Teresa de Jesús, extraía la sensación de que la verdad se manifestaba en la veracidad con la que contaba las cosas, así como en el profundo examen que hacía de su vida interior. La credibilidad que

emanaba de Santa Teresa radicaba en la riqueza de la propia vida interior, que alcanzaba los niveles más altos de la mística; en la singular capacidad para dar cuenta de los procesos que se desarrollaban en su interior; en la capacidad de expresar lo inefable de manera clara y asequible y con el sello de absoluta veracidad; y en la fuerza de descubrir la cohesión íntima de hechos sueltos hasta configurar una obra de arte cerrada.

Su pasión por la verdad le lleva a traducir “De veritate” de Santo Tomás de Aquino, y a intentar aproximar la filosofía moderna y el pensamiento cristiano en la cuestión de la verdad. Para ello sostiene que el conocimiento actual presenta varias formas: un movimiento hacia el conocimiento, empeño gradual, proceso lógico, que Santo Tomás llama “ratio”; y una contemplación quieta, intuición, comprensión de la verdad con una mirada.

En Edith Stein se produce una especie de síntesis entre S. Buenaventura y Santo Tomás, en el sentido de que mientras el místico franciscano decía que la relación de Dios y el hombre es esencialmente una historia de amor, patrón y tipo de todas las historias de amor; el racionalista dominico sostenía que el intelecto se encuentra en su casa en lo más elevado de los cielos, y que el apetito por la verdad puede sobrevivir a todos los apetitos más romos del hombre, y hasta devorarlos.

La forma del conocimiento humano, para Edith, es la “ratio”, el proceso gradual y racional. Pero hay una forma más alta del conocimiento humano que es la manera de conocer los espíritus superiores, que tiende a la contemplación quieta, que parte del conocimiento de los principios, que está motivado por un “chispazo” primero de la verdad que quiere ser buscada y desarrollada, por un “anticipo” momentáneo de la contemplación. Con el “chispazo” el entendimiento recibe pasivamente algo que se pone en marcha con el concurso de la voluntad. Es un regalo que la actividad natural del entendimiento no puede conquistar por sí misma.

V. Ranff lo expresó de otra manera al describir el proceso interior de Edith Stein diciendo que *“el reconocimiento de la verdad última en la fe, y la “intuición” como un relámpago de la verdad, de la búsqueda del Dios de Santa Teresa, conduce a Edith Stein a buscar la verdad más profunda en la contemplación de Dios”*.

3ª Etapa. El “chispazo”.

En 1917 muere Adolf Reinach, y Husserl encarga a Edith ordenar sus papeles inéditos y su legado intelectual. El encuentro con su viuda, profundamente católica, le descubre la fuerza de la fe cristiana en la Resurrección: *“fue mi primer encuentro con la Cruz y con la fuerza divina que da a quienes la llevan. Por primera vez veía palpablemente ante mí a la Iglesia nacida de la pasión redentora de Cristo en su victoria sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que se derrumbó mi incredulidad, el judaísmo palideció y brilló Cristo: Cristo en el misterio de la Cruz”*.

El verano de 1921 Edith Stein lo pasa en casa de Hedwig Conrad-Martius, una alumna de Husserl que se entendía muy bien con Edith. El matrimonio Conrad-Martius solía invitar a una plantación de frutales que tenía en el Palatinado a los amigos “fenomenológicos” a pasar largas temporadas.

Según cuenta la propia Edith a su amigo Roman Ingarden, una tarde de agosto, mientras esperaba la llegada del matrimonio tomó de la biblioteca el “Libro de mi vida” de Santa Teresa y lo leyó en una noche. Al terminar exclamo: “¡Esto esa la verdad!”

Había encontrado una verdad más profunda. No la verdad de la filosofía, sino la verdad en persona, en la persona amante de Dios. Había pasado su vida buscando la verdad para al final encontrar a Dios.

En otra carta que le dirige a Ingarden el 8 de noviembre de 1927, y en la que le habla del significado interior de la conversión, le dice que:

“fue decisivo (para llegara a la fe) el suceder real –no el <sentimiento>- de la mano de la imagen concreta del cristianismo en testigos elocuentes como Agustín, Francisco, Teresa. ¿Cómo describirle en pocas palabras el cuadro de ese <suceder real>? Es un mundo infinito, completamente nuevo, que se abre al empezar a vivir hacia dentro en lugar de hacia fuera. Todas las realidades con las que se tenía que ver hasta el momento se hacen transparentes, y se hacen perceptibles las fuerzas que llevan y mueven auténticamente. ¡Que irrelevantes se ven los conflictos en los que estaba metida antes! ¡Y qué plenitud de vida, con dolores y dichas que el mundo terreno no conoce y no puede concebir, abarca un solo día, aparentemente vacío de la existencia humana!”.

Días más tarde le explicaría con más detalle la experiencia religiosa:

“No hace falta dar en el transcurso de la vida con una justificación de la experiencia religiosa. Pero sí hace falta decidirse por Dios o contra Él .Esto es lo que se nos exige: decidirnos sin certificado de garantía. Esta es la gran osadía de la fe. El itinerario va de la fe a la visión y no al revés. Quien es demasiado orgulloso para pasar por esa portezuela no entra. Pero el que pasa consigue ya en esta vida una claridad cada vez mayor y experimenta lo justificado del <credo ut intelligam>”.

4ª Etapa. La consolidación.

A partir del momento en que ha alcanzado la certeza de la verdad, toda su capacidad de creación filosófica se vuelca desde esa nueva perspectiva. Así, para ella la fe tiene un doble significado para la filosofía. Por un lado, si la fe accede a verdades que no se pueden alcanzar por otro camino, la filosofía no puede reconocer estas verdades sin renunciar a su pretensión de verdad universal, y, aún más, sin exponerse al riesgo de que se le introduzca el error en la parte de conocimiento que sí corresponde a la filosofía, porque por la interdependencia orgánica de la verdad, todo aspecto parcial de ella puede quedar mal iluminado si se corta la conexión con el conjunto.

Y, por otro lado, si la propia fe es la certeza más alta que puede lograr el hombre, y si la filosofía pretende alcanzar la mayor certeza alcanzable, tiene que apropiarse de la fe, lo que sucede cuando acepta en si las verdades de la fe, más aún, midiendo todas las demás verdades como criterio último.

Para Edith Stein, la fe puede abrir nuevos conceptos a la filosofía, es decir, a la razón, como sucedió en la tradición cristiana con los conceptos de “creación” y “persona”. El hombre no puede lograr por sus propias fuerzas un

conocimiento último. La filosofía, es decir, la razón, debe aceptar la fe y la teología como autoridad sobre lo divino, de manera análoga a como recibe de las ciencias empíricas los conocimientos de la naturaleza. De esta manera, la filosofía debe completarse con la teología sin convertirse en ella.

III). Edith Stein y la Encíclica “Fides et ratio”.

Para casi nadie es un secreto que la Encíclica “Fides et Ratio”, publicada por Juan Pablo II el 14 de septiembre de 1998, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, tuvo en el entonces Cardenal Ratzinger uno de sus principales inspiradores. Pero lo que casi nadie conoce, es que esa Encíclica comenzó a escribirse 55 años antes por una perfecta desconocida, que muere mártir en los campos de concentración alemanes.

No se trata de hacer un análisis comparativo de manera exhaustiva, sino de comprobar como el pensamiento filosófico de Edith Stein quedó reflejado en la Encíclica, de manera, podríamos decir, “milagrosa”, pero que a mi me parece mas ajustado considerar, como homenaje a la Verdad y a quien murió por ella. En efecto, siguiendo a V. Ranff, que analiza detalladamente la analogía, destacaremos algunos aspectos:

- La filosofía sobresale entre las múltiples posibilidades de promover el conocimiento de la verdad, contribuye a plantear preguntas y respuestas sobre el sentido del hombre, y se configura como una de las tareas más nobles. (Cfr. Punto 3).
- La filosofía es una ayuda indispensable para profundizar la inteligencia de la fe y comunicar la verdad del evangelio. *“La razón misma, movida a indagar de forma unilateral el hombre como sujeto, parece haber olvidado que esta está también llamado a orientarse hacia una verdad que lo trasciende”.* (Cfr. Punto 6).
- En la orientación del hombre a la verdad, se encuentra también su libertad, pues *“la libertad alcanza la certeza de la verdad y decide vivir en la misma”.* El conocimiento de la fe no elimina el misterio. La verdad de la Revelación en Cristo le obliga a abrirse a la trascendencia. La verdad exige ser acogida como expresión de amor. (Cfr. Punto 16).
- El hombre con la razón alcanza la verdad, porque iluminado por la fe descubre el sentido profundo de cada cosa y, en particular, de la propia existencia. Pues el hombre tiene la certeza de que Dios lo ha creado como un “explorador”. (Cfr. Puntos 20 y 21 y V. el dialogo Steiger/Stein en páginas anteriores, en el que aquella llama a esta “buscadora”).
- La filosofía, por si misma, es capaz de reconocer el incesante trascenderse del hombre hacia la verdad, y ayudada por la fe puede abrirse a acoger en la “locura de la Cruz” la autentica crítica de los que creen poseer la verdad. (Cfr. Punto 23).

- Existe un camino que el hombre, si quiere, puede recorrer. Se inicia con la capacidad de la razón de levantarse más allá de lo contingente para ir hacia lo infinito. La filosofía ha asumido de manera peculiar este movimiento, y ha expresado con sus medios y según sus propias modalidades científicas, este deseo universal del hombre. (Cfr. Punto 24).
- El hombre no puede sustentar su vida en la duda y la incertidumbre, de manera que se puede definir como buscador de la verdad. (Cfr. Puntos 26-28). *“La sed de verdad está tan radicada en el corazón del hombre que tener que prescindir de ella comprometería la existencia”*. (Cfr. Punto 20).
- El hombre en muchos aspectos, vive de una fe que incluye una relación entre personas. Su perfección no está en la mera adquisición del conocimiento abstracto de la verdad, sin que consiste también en *“una relación de entrega y fidelidad hacia el otro”*. El mártir es el testigo más auténtico de la verdad sobre la existencia. Él sabe que ha hallado en el encuentro con Jesucristo la verdad sobre su vida y nada ni nadie podrá arrebatarse jamás esa certeza, ni el sufrimiento ni la muerte violenta. (Cfr. Punto 32).
- La filosofía cristiana no es la realizada por los filósofos cristianos, sino los procesos del pensamiento filosófico que no se habrían realizado sin la aportación de la fe cristiana. (Cfr. Punto 76).

Queden las anteriores citas, entre otras muchas, como muestras en las que no se sabe si habla el Papa autor de la Encíclica, o la propia Edith Stein.

IV). Apunte bibliográfico.

El texto del discurso de Ratisbona puede encontrarse en www.zenit.org. Los aspectos biográficos, y en especial las circunstancias que concurrieron en la canonización de Edith Stein, pueden consultarse en G. Weigel: “Jean Paul II. Temoín de l’esperance”. Editorial JC Lattès. 1999, pags. 656 y ss. Sobre las tres etapas en San Buenaventura, vease G. Reale: “Historia del pensamiento filosófico y científico”, tomo I, pags. 502 y ss. Ed. Herder, 1987. Y también en R. Gamba: “Historia sencilla de la Filosofía”, pag. 160. Ed. Rialp. 1974. La comparación entre S. Buenaventura y Santo Tomás respecto a la búsqueda de la verdad está tomada de G. K. Chesterton: “San Francisco de Asís”. Pag. 175, Ed. “Biblioteca Homo-Legens”, 2006. La biografía intelectual está insuperablemente tratada en Viki Ranff: “Edith Stein. En busca de la verdad”. Ediciones Biblioteca-Palabra. En este libro se contiene un amplio apartado de bibliografía en alemán y en castellano, entre la que se cita el libro de Elisabeth Otto “Mundo, persona, Dios”, y en el último capítulo de aquel se analizan las analogías entre la Encíclica “Fides et Ratio” y el pensamiento de E. Stein, a que hemos hecho referencia en el apartado III. anterior. Un texto de esta Encíclica ha sido editado por Ediciones Palabra. Colección “documentos mc”, en 1998.

5 de mayo de 2007.